



STAR WARS

AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE

LA HUIDA



Cuando los padres de Milo y Lina Graf son secuestrados por las fuerzas imperiales, sus hijos se embarcan en un peligroso viaje a través del espacio salvaje para rescatarlos.

Son tiempos de oscuridad. Con el fin de las Guerras Clon y la destrucción de la Orden Jedi, el malvado Emperador Palpatine domina la galaxia sin oposición.

Muy lejos, en las regiones desconocidas del Espacio Salvaje, más allá de la frontera imperial, MILO y LINA GRAF acompañan a sus padres, exploradores, en sus expediciones.

Mientras los Graf exploran un remoto y desconocido mundo pantanoso, la sombra del Imperio se dibuja cada vez más cerca...

CAPÍTULO 1

CAMPOS PANTANOSOS

—¡Milo! ¿Me oyes? ¿Vienes, por favor?

El *speeder* terrestre de Lina Graf iba levantando agua mientras aceleraba por el pantano. Entre el follaje emergía el color del arcoíris, procedente de las serpientes coloradas que huían asustadas por el ruido del motor. A través de los huecos de las ramas, Lina vio que el cielo se volvía más oscuro y que unas nubes espesas ocultaban las estrellas.

—Señorita Lina —dijo una voz entrecortada justo a su espalda—. A sus padres no les gustará que usted y su hermano sigan ahí fuera cuando ya ha anochecido.

—Lo sé —contestó Lina, intentando no pagar su frustración con CR-8R, el droide familiar. Pulsó el botón del comunicador en los comandos del vehículo—. Milo, ¿dónde estás?

No hubo respuesta. Lina aceleró con el *speeder* terrestre en torno a un árbol cubierto de enredaderas, lo que casi provocó que CR-8R rodara fuera de la destartada nave.

—¡Cuidado, señorita Lina!

—Te lo he dicho cientos de veces, Cráter: ahórrate el «señorita». Es sólo Lina.

—Sí, señorita Lina.

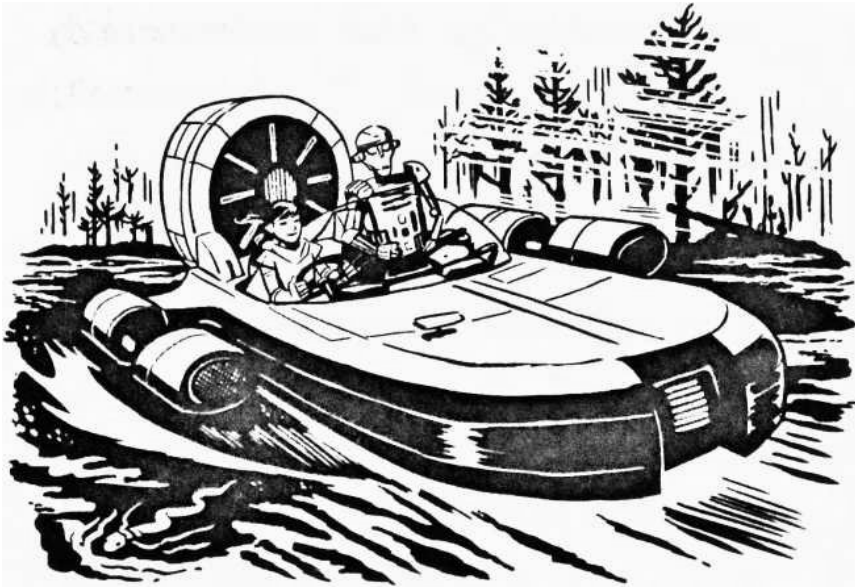
No tenía sentido discutir con CR-8R, especialmente cuando tenía un hermano desaparecido al que encontrar.

Bip-bip-bip.

Una diminuta luz roja empezó a parpadear en el radar del panel de instrumentos, y una sonrisa se dibujó en la cara de Lina.

—Ahí estás.

Era la baliza de seguimiento del *speeder* de Milo. Este se había quejado cuando su madre la arregló, pero ella había insistido por una buena razón: a sus nueve años de edad, Milo siempre estaba por ahí. No es que fuera especialmente rebelde pero, sin duda, había heredado la curiosidad natural de sus padres.



Auric y Rhyssa Graf eran exploradores interplanetarios, cartógrafos que habían pasado los últimos quince años creando mapas del Espacio Salvaje, un desconocido grupo de sistemas solares en la mismísima frontera del Brazo Galáctico. Era la única vida que Lina y Milo habían conocido.

Ellos nacieron en la nave de los Graf, el *Ave Susurro*, y desde entonces habían crecido explorando extraños mundos. Lina no lo habría cambiado por nada, aunque le habría ido muy bien sin tener que buscar a su hermano cada dos por tres. Siempre era lo mismo: llegaban a un planeta y Milo desaparecía, con la esperanza de descubrir una nueva especie y hacerse famoso. Sus expediciones solían acabar con extremidades torcidas y un sermón de papá, aunque sabían que éste se enorgullecía en secreto de las desventuras de sus hijos.

Pero este viaje era diferente. Después de aterrizar con el *Ave Susurro* en ese planetoide aparentemente insignificante, montaron el campamento en mitad de una vasta llanura cubierta de rocas.

—Vosotros dos, permaneced cerca del campamento —había dicho Auric Graf—. Se acerca una tormenta y no quiero tener que perseguiros cuando llegue.

Milo había desaparecido casi de inmediato y, horas después, Lina recibió un mensaje en forma de holograma urgente:

—Necesito tu ayuda. Ven al pantano. ¡Ahora!

Pero ¿a qué parte del pantano? Según el primer reconocimiento terrestre del *Ave*, los campos pantanosos eran enormes: cubrían por lo menos dos tercios de la superficie del planeta. Era típico de Milo excitarse hasta el punto de omitir información tan básica como su localización.

—Señorita Lina, la señal...

—Lo veo, Cráter —respondió Lina, mirando el rastro del punto rojo en la pantalla—. Ya casi estamos.

Más adelante, el foco del *speeder* terrestre se reflejó en algo metálico. Lina aminoró hasta que la nave se detuvo.

El vehículo de Milo estaba volcado sobre el agua poco profunda del pantano.

—Vaya, eso no le va a venir nada bien a la pintura —comentó CR-8R con desaprobación mientras Lina saltaba de su asiento y chapoteaba hasta el vehículo abandonado.

Comprobó los controles del *speeder*, pero no respondieron: estaban fundidos. ¿Qué había pasado? ¿Se había estrellado Milo?

—Señor Milo —gritó CR-8R—. ¿Dónde está?

—¡Cráter, sssh! —dijo Lina entre dientes—. Este lugar podría estar plagado de jabalíes-navaja.

—Oh, perdóneme por intentar localizar a su rebelde hermano —contestó CR-8R con desdén—. Creí que por eso me había traído a este abominable pantano. Por lo que sabemos, el señor Milo está en graves apuros.

—Y si tenemos suerte, también te perderemos a ti —murmuró Lina en voz baja.

No lo decía en serio, por supuesto: CR-8R llevaba toda la vida cerca de Lina. Era uno de los proyectos favoritos de su madre: un droide construido a partir de una docena de modelos distintos. Su base provenía de un droide sonda, y aún conservaba cuatro brazos manipuladores que se retorcieron mientras salía flotando del *speeder*. La parte superior del cuerpo estaba compuesta de una cintura de droide médico soldada al torso de un droide astromecánico.

Ni siquiera sus brazos eran iguales: el izquierdo había sido tomado de una serie DUM obsoleta, mientras que el derecho era la extremidad plateada y brillante de un droide de protocolo, pero con herramientas intercambiables en lugar de mano.

Lina no tenía ni idea de dónde había sacado su madre la cabeza cromada y triste de CR-8R, pero sabía que estaba llena de información... inútil, en su mayor parte. Para el cerebro, Rhyssa había usado el de un droide de protocolo, así que CR-8R tenía tendencia a ser estirado, formal y bastante irritable, en algunas ocasiones. Aquel mosaico de droides se desvivía por ella y su hermano. Aunque eso no lo hacía menos molesto.

Lina enderezó la moto *speeder*.

—No puede haber ido muy lejos. —Buscó en el cinturón de herramientas que llevaba sujeto a la cintura y en-

contró un pequeño comunicador cilíndrico—. Milo —dijo al aparato—, hemos encontrado tu moto, pero ¿dónde estás?

Un grito desde más allá de los árboles fue la única respuesta.

—¡Milo! —gritó Lina, corriendo a través del denso follaje. El agua sucia le salpicó las piernas y las impregnó de olor a huevo podrido, pero no le importaba: su hermano tenía problemas. Su hermano estaba... ¿Riéndose?

En un claro frente a ella, Milo chapoteaba en un gran charco fangoso, cubierto de pies a cabeza por oscuro barro carmesí.

—¿Milo? —preguntó, sintiendo cómo se encendía su mal genio—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Milo la miró con el rostro lleno de lodo y una amplia sonrisa.

—¡Casi lo tenía, hermanita!

A Lina se le cayó el alma a los pies.

—¿El qué?

Milo agarró su largo bastón de madera y se puso en pie. Su cara resplandecía de emoción.

—Era como un conejo-ceniza sullustano, pero enorme, con una cresta de espinas y...

—Tu mensaje decía que necesitabas ayuda —interrumpió Lina con frialdad.

—Sí, y la necesito —contestó él, confundido—. Para cazar al conejo-ceniza.

—¡Creí que estabas en apuros!

—¿Y eso por qué?

—¡Porque el 99,998 por ciento de las veces lo está! —dijo CR-8R, mientras entraba flotando en el claro.

—Oh, no —protestó Milo—. ¿Por qué has traído a Cráter? Seguro que se lo cuenta a mamá y a papá.

—Activando modo sermón —anunció CR-8R, lo que provocó otro suspiro en el hermano de Lina—. Señor Milo, sus padres solicitaron expresamente...

Antes de que CR-8R pudiera acabar, una pequeña criatura aterrizó en lo alto de su pulida cabeza. Tenía las orejas caídas y unos brazos larguiruchos que se le enrollaron alrededor de la cara. CR-8R dejó escapar un grito de alarma, mientras Lina y Milo se reían a carcajadas.

—Sabía que odiaría este lugar —se quejó el droide, intentando espantar a la criatura con sus brazos manipuladores—. ¿Qué es esto? ¿Una salamandra del lodo? ¿Un milpiés con cuernos?

—No es necesario que te destruyas los procesadores girando la cabeza —dijo Lina con una risita, antes de intentar poner un semblante serio—. Morq, deja a Cráter en paz. Sabes que odia que le saltes encima.

La criatura miró a los niños con sus pequeños ojos naranjas y soltó una carcajada de alegría. Morq era la mascota familiar, un travieso mono-lagarto kowakiano y la pesadilla de CR-8R.

—¿Es ese malvado animal suyo? —farfulló CR-8R—. Debería haberlo reconocido por el hedor.

—No tienes ningún receptor de olores —dijo Lina, mientras Morq bailaba una giga sobre la cabeza del droide.

—Lo que demuestra lo mal que huele esta cosa —insistió CR-8R, lanzando una chispa repentina mediante un pincho eléctrico unido aunó de sus muchos brazos manipuladores. La descarga golpeó a Morq en el trasero y, con un gemido, el mono-lagarto brincó de la cabeza de CR-8R para escapar a lo alto de un árbol.

Lina suspiró.

—Muy bien, Cráter. Ahora nunca conseguiremos que baje de nuevo.

—Se lo merece —murmuró CR-8R.

Lina sacudió la cabeza, intentando no sonreír: alguien tenía que comportarse como un adulto responsable.

—Vale, pondremos la moto de Milo en la parte de atrás de mi *speeder* terrestre...

—¡Allí está! —gritó Milo, que salió del claro antes de que Lina pudiera detenerlo.

—¡Milo, vuelve!

—Es el conejo-ceniza, Lina —exclamó él por encima de su hombro—. ¡Vamos!

Ella puso los ojos en blanco y se dispuso a correr tras su hermano.

—Algún día me hará caso. Aunque sea una sola vez.

Pero no iba a ser aquél el día. Encontró a Milo agachado tras una roca cubierta de musgo. Al otro lado, una pequeña criatura púrpura comía una fruta de ciénaga.

—¿Eso es un conejo-ceniza? —dijo Lina, dejándose caer junto a su hermano—. ¿No decías que era enorme?

—Bueno, más o menos —admitió Milo—; y seguro que lo espantas si sigues dando tumbos como un happabore.

Milo alzó su brazo hacia el conejo y Lina vio que su hermano llevaba el lanzador de red de su padre acoplado a la muñeca. A veces, Auric Graf usaba la pistola de red para cazar criaturas alienígenas. Como la mayor parte del equipo de campo de papá, se suponía que Milo no podía tocarlo, y mucho menos sacarlo del campamento.

—¿Estás intentando capturarlo? —preguntó Lina.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo si no vamos a estudiarlo?



—¿Hologramas? ¿Escáneres biológicos? ¡Como una persona normal!

—Bah —dijo Milo mientras se preparaba para disparar—. No hay nada como tener un contacto cercano y personal con la naturaleza.

Lina observó cómo su hermano ajustaba el disparo, pero no llegó a ver salir la red: algo la agarró por la parte trasera de su camiseta y la elevó por los aires.

CAPÍTULO 2

ATRAPADA

Sorprendido por el repentino grito de su hermana, Milo falló el tiro y la red se amarró inútilmente alrededor de un árbol.

—¡Lina, se me ha escapado! —protestó cuando el conejo-ceniza saltó de nuevo a la maleza.

—¡Como si me importara! —La voz de Lina llegaba desde arriba.

Milo alzó la mirada y vio a Lina boca abajo, envuelta en enredaderas con púas.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba?

—¡Tener un contacto cercano y personal con la naturaleza!

CR-8R apareció entre los árboles.

—Señorita Lina, parece que ha sido capturada por una enredadera.



—Ya me había dado cuenta, gracias.

—Son fascinantes —añadió CR-8R—. Hace apenas tres años, su padre registró un incidente en el que despellejaron a un bantha en tan solo...

—Eso no es de gran ayuda —espetó Lina, alzando la vista hacia el follaje. Las enredaderas descendían desde un cuerpo carnoso y con una boca amplia que gruñía. Tenía que liberarse, pero la planta era demasiado fuerte—. ¿Dónde está mi cortador de fusión? —dijo buscando en su cinturón de herramientas.

—¿Te refieres a esto? —gritó Milo desde el suelo. Sostenía un dispositivo con forma de tubo en su mano. Debió

de haberse caído de su cinturón cuando las enredaderas la atraparon.

—Tíramelo.

Su hermano lo intentó, pero el dispositivo cayó al suelo sin que ella pudiera cogerlo. Estaba demasiado alta, y a cada segundo lo estaba un poco más.

—¡Cráter, inténtalo tú!

—Con mucho gusto —dijo CR-8R, agarrando la herramienta—. Lo interesante acerca de las enredaderas es que cazan mayormente por el sonido. Manténgase callada y quizá pierda el interés.

Lina dirigió la mirada hacia la boca abierta, que cada vez estaba más y más cerca.

—Eso no va a pasar, Cráter. Te lo aseguro. ¡Tú lánzame-lo!

Haciendo girar uno de sus brazos manipuladores como una hélice, CR-8R envió el cortador de fusión hasta Lina. Ésta se estiró para alcanzarla, pero la herramienta pasó volando por delante de ella.

—Uy —dijo CR-8R—. Debo de haber calculado mal la distancia necesaria.

Lina miró cómo el cortador pasaba de largo y era capturado en el aire por una pequeña mano huesuda.

—¡Morq! —gritó Lina, alegre, mientras el mono-lagarto de color teja saltaba hacia abajo y aterrizaba en sus piernas. Evitando ágilmente una rama que intentó cogerlo, Morq se precipitó hacia ella para dejar el cortador de fusión en su mano.

Lina se irguió, luchando contra la presión de la enredadera, que cada vez apretaba con más fuerza, y encendió la herramienta. Deslizó el cortador por las ramas que estaban a sus pies y sintió como empezaban a aflojarse, pero no hubo tiempo para celebraciones: con un grito, Lina y Morq cayeron en un enorme charco.

—¿Estás bien? —preguntó Milo.

—No gracias a ti —replicó Lina, haciendo una mueca mientras intentaba levantarse por sí misma.

CR-8R zumbó sobre ella para examinar su palpitante hombro.

—Hematomas leves, eso es todo.

—Pues no duele como si fuese leve —se quejó Lina.

Tirando del cuello de su ropa, el droide aplicó una ráfaga de bacta con un espray en el hombro dolorido de Lina.

—Eso debería reducir la hinchazón hasta que volvamos con sus padres.

Lina se echó un vistazo a sí misma: tenía la ropa hecha un desastre y estaba empapada de la cabeza a los pies.

—¡Mamá se va a poner como loca!